

la historia del siglo pasado en especialidades tan importantes como la económica, la institucional y la intelectual que permanecen en los archivos históricos y en la rica producción bibliográfica nacional del siglo pasado, esperando que los cultores de la musa Clío enfrenten esta gran tarea inédita en muchas de sus más importantes facetas.

Es de esperar que el profesor Mazzei, formado en estas disciplinas por Guillermo Feliú Cruz, persista en un trabajo bibliográfico, realizado con entusiasmo, dedicación y perspectiva histórica. Sus brillantes condiciones docentes así lo hacen asegurar.

J.D.L.

<https://doi.org/10.29393/At432-40OFFP10040>

O'HIGGINS: FORJADOR DE UNA TRADICION DEMOCRATICA.

Julio Heise González. Talleres de Artesanía Gráfica de R. Neupert. Santiago. 1975. 187 págs.

Julio Heise González, profesor universitario, miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, ex decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile y personalidad sobradamente conocida por los estudiosos de la Historia, nos entrega una interesante interpretación del papel jugado por la figura que sirve de eje a todo el proceso emancipador que abarca de 1810 a 1823.

Se trata de la actuación política de don Bernardo O'Higgins, fundador de nuestra nacionalidad y, al decir del Sr. Heise, forjador de una tradición democrática, quien ha sido, a través del tiempo, considerado por los historiadores desde los más distintos y controvertidos puntos de vista. Es de todos conocido que, basándose en los altos y bajos naturales y propios de toda actuación de gobierno, la administración del Prócer ha sido objeto de las más variadas apreciaciones y controversias por parte de los escritores, las que van desde el elogio más desmesurado hasta la crítica más acerba e implacable.

La obra que comentamos pretende, pues, enfocar la personalidad de O'Higgins y su quehacer político sin esos excesos que lo desfiguran todo. Bajo el amparo de una documentación rigurosa, seleccionada con cuidado y esmero, el autor está en condiciones de adoptar una posición mucho más equilibrada y serena frente a la figura del Libertador.

Es indudable que los esfuerzos del Sr. Heise no serán suficientes para modificar definitivamente algunas de esas arraigadas apreciaciones, que niegan a O'Higgins cualquier virtud, y lo transforman sólo en blanco de ataques y denuestos; pero es innegable que se trata de un intento orientado con seriedad y fundamentos a restablecer la imagen verdadera del prócer en la lucha por la Independencia y la organización de la naciente República, destacando sus valores, sus firmes e ineludibles principios y desvirtuando leyendas y mitos surgidos al calor de la pasión y que han pretendido oscurecer su recia personalidad.

Consta la obra de cinco capítulos. En los primeros se destaca la participación valiosa de O'Higgins en la evolución del ideal emancipador y su eficaz contribución a transformar lo que en 1810 surge sólo como tímido afán reformista, en verdadera revolución emancipadora. Nos dice Heise a este respecto que: "... desde que el joven O'Higgins se estableció en su Hacienda de San José de las Canteras (1802) empezó la prédica secreta, la siembra de ideas en toda la extensa provincia de Concepción ... desarrollando una labor cautelosa de agitación intelectual subterránea". Es indudable que su formación en Inglaterra y el temprano contacto con destacados próceres de la Independencia americana, lo llevaron inevitablemente a admirar la democracia, el gobierno parlamentario y la libertad, y esta posición doctrinaria, invariable en la conducta política del prócer a través del tiempo, lo convirtió desde un comienzo en entusiasta partidario de las instituciones republicanas que surgen de improviso en medio del proceso emancipador.

Ilustrativa de esta concepción resulta la carta que dirige a su amigo Juan Mackenna el 5 de enero de 1811, en que le dice: "... Por mi parte, no tengo duda de que el Primer Congreso de Chile mostrará la más pueril ignorancia y se hará culpable de toda clase de locuras. Tales consecuencias son inevitables a causa de nuestra total falta de conocimientos y de experiencia; y no podemos aguardar a que sea de otra manera hasta que principiemos a aprender. Mientras más pronto comencemos nuestra lección, mejor ... "

Sin embargo, las páginas que el autor dedica a desvirtuar la leyenda que se ha urdido en torno a la supuesta "dictadura" de O'Higgins durante su administración, nos parece que constituyen la médula del libro. Con acopio de numerosas, interesantes y valiosas pruebas documentales, Heise desmiente en forma categórica la falsa imagen, el juicio erróneo y exagerado,

creado por algunos destacados historiadores del siglo pasado, relativo al despotismo, las tendencias monárquicas y el marasmo político a que habría conducido al país el Padre de la Patria. Conceptos estos que, a juicio del autor, se han seguido repitiendo hasta nuestros días equivocadamente y sin reparar que ellos fueron, en gran parte, producto de la pasión política del pasado.

“Ni jurídica ni sociológicamente se puede calificar al gobierno de O’Higgins como una dictadura” nos dice el autor. “Los documentos revelan también, de una manera irrefutable, que la grandiosa obra histórica del fundador de nuestra nacionalidad, se realizó en un marco de legalidad admirable si consideramos lo difícil que resulta respetar la juricidad a un gobierno que enfrenta un conflicto armado, como fue la guerra contra España y que al mismo tiempo se da a la tarea de arrasar con la vieja estructura colonial, para crear sobre sus ruinas una tradición democrática y republicana”.

Dotado de poderes discrecionales otorgados el 16 de febrero de 1817, por un Cabildo Abierto, confirmados estos poderes por la Carta Fundamental de 1818, como gobernante no se arrogó poder extraordinario alguno. Este le fue ofrecido y entregado libremente. “El poder que ejerció el Director Supremo configura un muy claro y definido autoritarismo legal que nada tiene que ver con una dictadura. En su Gobierno no encontramos nada arbitrario, nada dirigido al interés personalísimo del que manda; tampoco se ejerció fuera de las leyes constitutivas de la nación”.

Sus relaciones con el Senado conservador revelan a un gobernante respetuoso de las atribuciones de una corporación fiscalizadora y que al mismo tiempo servía de contrapeso a las amplias facultades directoriales. La misma observación se puede hacer en relación a los Tribunales de Justicia. Estas actitudes tienen una honda significación cívica y democrática, si se considera que, al promulgarse la Constitución de 1818, O’Higgins se encontraba en la cúspide de su popularidad y en sus manos concentraba todo el poder militar.

Sin embargo, el prócer “nunca hizo imposible la existencia de la ley. Estaba convencido de que sin juricidad se produce el caos y la desintegración social. De acuerdo con el pensamiento o’higiniano las leyes debían hacer imposible todo abuso de poder, todo desborde autoritario”. Como dice María Graham: “podía haberse hecho señor absoluto si hubiera tenido un rastro de ambición. Es curioso que, un soldado afortunado como O’Higgins tenga la sensatez de ver el peligro del poder absoluto

y el buen sentido de evitarlo; él, sin embargo, posee ambas cualidades”.

A pesar de las dificultades de todo orden, en medio de las cuales debió actuar, y del fuerte incremento que fueron adquiriendo las pasiones políticas, fomentadas por el resentimiento de los círculos aristocráticos que desde 1820 empezaron a combatirlo solapadamente, y también por el idealismo exaltado, incapaz de comprender las significativas transformaciones que iba materializando el Director Supremo, supo éste mantener intactas sus convicciones libertarias y republicanas, que lo convierten justicieramente en el fundador de nuestra nacionalidad y el forjador de una tradición democrática.

Por último una mención especial al capítulo relacionado con la organización de la Expedición Libertadora del Perú. En él, el profesor Heise, con el mismo método documental, demuestra que el éxito en la realización de dicha empresa es obra del esfuerzo y tesón extraordinarios de O'Higgins y de los chilenos.

El sacrificio inmenso que significó la organización de la Expedición Libertadora, determinó que todos los recursos espirituales, económicos y materiales del país se pusieran al servicio de esta grandiosa empresa americanista.

En ella se mezclan razones de estrategia militar y de patriotismo americano, del cual participaron en mayor o menor grado todos los gobernantes del período de la Independencia, espíritu con el cual incluso se identificó plenamente el propio Senado de 1818, el que en una declaración proclama: “Esa empresa colmará las glorias de Chile; será de asombro para la posteridad y el fundamento que cimiente nuestra emancipación y la Independencia de la América del Sur”.

En torno a esta materia, Heise despeja categóricamente toda duda relativa al patrocinio directo de O'Higgins y el pueblo de Chile en esta notable empresa americanista que contribuyó eficazmente a consolidar la Independencia del continente.

En síntesis, se trata de una obra basada en una abundante y selecta documentación y que constituye un aporte que enriquece, sin duda, la historiografía nacional. Se lee con agrado y está destinada a ser útil material de consulta para los lectores interesados en profundizar los aspectos trascendentales y controvertidos del proceso de nuestra Independencia.

FERNANDO PROMIS DIAZ

Profesor Universidad de Concepción

11 de mayo 1976